

deja al descubierto lo que en ellas hay sólo de «métier», razón que no es suficiente para darles auténtica categoría artística, por perfecto que la técnica llegue a ser.

Al pasar y repasar deleitosamente las bellísimas páginas de «Le Livre» podrán discutirse éstos y otros extremos. Pero será imposible no reconocer que represente un hermoso monumento al libro francés que, sin lugar a dudas, constituyó y continúa constituyendo uno de los más firmes pilares de la cultura universal.—B.



<https://doi.org/10.29393/At299-19NBLD10019>

UNA NOVELA BRASILEÑA: «MÚSICA A LO LEJOS», por *Erico Verissimo*

El caso es curioso, pero corresponde a una realidad fiel. Conocemos la literatura de Europa más o menos bien. A las librerías de Santiago, llegan libros de Wasserman, de Hermann Hesse, de Sartre, de Camus, de Maugham y en fin de todos los autores de nuestro tiempo. Estos libros son comentados y leídos profusamente. En los diarios se habla de la literatura francesa con más conocimiento, por lo menos aparente, que lo que suele hablarse de los libros nacionales, de los cuales se dicen toda suerte de arbitrariedades. Unas veces por rivalidades del momento y otras por enemistades personales que nada tienen que ver con la literatura.

Los libros nacionales alcanzan una circulación limitada, pues sólo en muy escasa proporción traspasan nuestras fronteras. Y esto que nos ocurre a nosotros, pasa igualmente en los países vecinos al nuestro. El gran público lector apenas sabe que en el Perú fuera de Santos Chocano, existe un César Vallejos, un Abraham Valdelomar y muchos otros autores de alta alcurnia creadora. Y que en Venezuela fuera de Gallegos hay un Uslar Pietri, un Andrés Eloy Blanco y treinta novelistas y poetas de

verdaderos méritos. Y que hay un Augusto Guzmán en Bolivia, un Pareja Díaz Canseco en Ecuador, y que en Argentina aparte de Güiraldes hay veinte novelistas de primer orden. Y esto con el agravante de que toda esa gente escribe en nuestro propio idioma sobre la realidad americana. El intercambio de libros entre los países americanos es casi nulo y últimamente con las trabas que se le han puesto al comercio de libros, ha desaparecido por completo.

Los países se conocen muy poco a través de la geografía. Los grandes ríos, las inmensas estepas, las selvas afebradas de mosquitos, de fieras y de reptiles, las altas montañas en donde los conquistadores sufrieron las más crueles penalidades, tienen en sus vivencias un sinnúmero de aspectos humanos que de acuerdo con los fenómenos de la naturaleza, son de prodigiosa novedad. Y ofrecen además el encanto de lo típico, el sabor de la tierra cuya fuerza entrañable conforma a su habitante imprimiéndole características bien definidas.

Todo esto hemos podido apreciar leyendo una novela del escritor brasileño Erico Verissimo. El libro está impreso en Argentina y tiene el sello de la Editorial Santiago Rueda, de Buenos Aires. Es lástima que la casa editora no se preocupe de dar algunas noticias sobre el autor, que nos describe el ambiente de la pequeña ciudad de Jacarecanga, que por las referencias que se dan en el relato debe estar cerca de Porto Alegre.

«Música a lo lejos» es el título de esta novela de Erico Verissimo, quien así como José Lins Do Rego y Jorge Amado nos describen la vida en las aldeas del Brasil y en las fazendas en donde se cultiva el cacao y el café. En «Música a lo lejos» Erico Verissimo se nos muestra como un poeta, que nos cuenta el romance extraño entre Clarisa y Vasco, dos muchachos que viven odiándose aunque en el fondo, esto no es nada más que una curiosa manifestación de un apasionado amor. El autor es un poeta y describe con tintas fuertes de gran relieve humano, la decadencia de la gran familia de los Alburquerque, que viven casi

muriéndose de hambre aferrados a la tradición de la casa, emparentada con el Emperador. Sabrosa novela de gran colorido localista que nos da a conocer hechos y costumbres que guardan circunstancias muy semejantes con las de las grandes familias venidas de Europa que se repartieron por todos los ámbitos de América. Españoles y portugueses unidos en el tronco ibérico, tienen un carácter muy semejante.

Y así lo podemos apreciar a lo largo de las páginas en que Erico Verissimo nos hace convivir con sus personajes de Jacarecanga. Ahí encontramos ese tipo que pasa la vida durmiendo y soñando con que por un milagro habrá de recobrar alguna vez sus bienes perdidos. Está Juvenal, el señorito bien, que sólo piensa en tener el dinero que le hace falta para ir a jugar al Club y tomar los tragos que su flojera y desvergüenza le hacen ambicionar.

La raza ibérica muestra sus hilachas y sus grandes cualidades en todas partes en donde sembró su semilla. Estos portugueses que poblaron un país enorme se parecen corregidos y aumentados, algunos, con esos españoles jactanciosos que encontramos en las novelas de España o en las páginas de la Historia de la Colonia en la América española. Un Virrey Amat y Junient que hace célebre a la Perricholi, un Marcó del Pont, representante de una Corte tan decadente como él. Un Francisco de Meneses (Barrabás le llamaban) que gobierna a Chile como si fuera una encomienda en beneficio suyo. Pero al lado de esos tipos ridículos encontramos los grandes arquetipos de la raza, tan inmensos como un Ignacio de Loyola, un Hernán Cortés o un Pedro de Valdivia, que hay que ponerlos entre los grandes.

Estos novelistas brasileños nos muestran los puntos de contacto que hay entre españoles y portugueses. Y nos hacen ver que la raza casi no difiere en sus características. En ese romance de Vasco con Clarisa está la terquedad española y está también la pasión y la ternura de la raza que salta todas las vallas cuando llega el momento.

«Música a lo lejos» es un bello libro que nos introduce sin esfuerzo por una puerta cualquiera de la vida íntima de ese inmenso y bello país que es el Brasil.—LUIS DURAND.



DOS NUEVOS LIBROS DE JUAN MARÍN, por *Antonio de Undurraga*

La editorial Emecé de Buenos Aires, acaba de publicar en un volumen de 364 páginas el libro de Juan Marín intitulado: «Mesa de Mah-Jong», que reúne una muy larga y variada colección de crónicas sobre China y el lejano Oriente.

No cabe la menor duda que Juan Marín a esta altura de su vida, intelectualmente, es un personaje ubicuo. Al iniciarse como médico le tocó explorar fisiológica y anatómicamente el cuerpo humano; luego, su inmensa inquietud, no halló reposo en estos estudios y se desplazó hacia el psicoanálisis; pero tampoco le bastó el psicoanálisis: se convirtió en viajero infatigable y se dió a la tarea de cazar, de abrazar geográfica y espiritualmente al mundo. Para ello, navegó en embarcaciones de todos los tipos los canales australes de Chile—ese ajedrez cósmico y temible—conjuntamente fué aviador, ávido de vivir en el mismo aire la estética mecanicista; luego fué en misión a Europa, amó por sobre todo París y la ciudad de Edinburgo; después, algo después—por el hecho que Chile tarde o temprano reconoce las virtudes de sus hijos—un Presidente le hizo diplomático y, desde entonces, su odisea por el Japón, China, Indochina, Egipto e India (sin olvidar Centroamérica y la tierra de los mayas) se ha tornado una convivencia cuantiosa con la cultura, con el arte y con el mundo.

Mirar la efigie de Juan Marín con ojos sudamericanos causa admiración y sorpresa y su figura es símbolo de la madurez de Chile. Hay en él un autodomínio de sí mismo, una infatigable capacidad de trabajo, una cultura profunda, al margen de in-